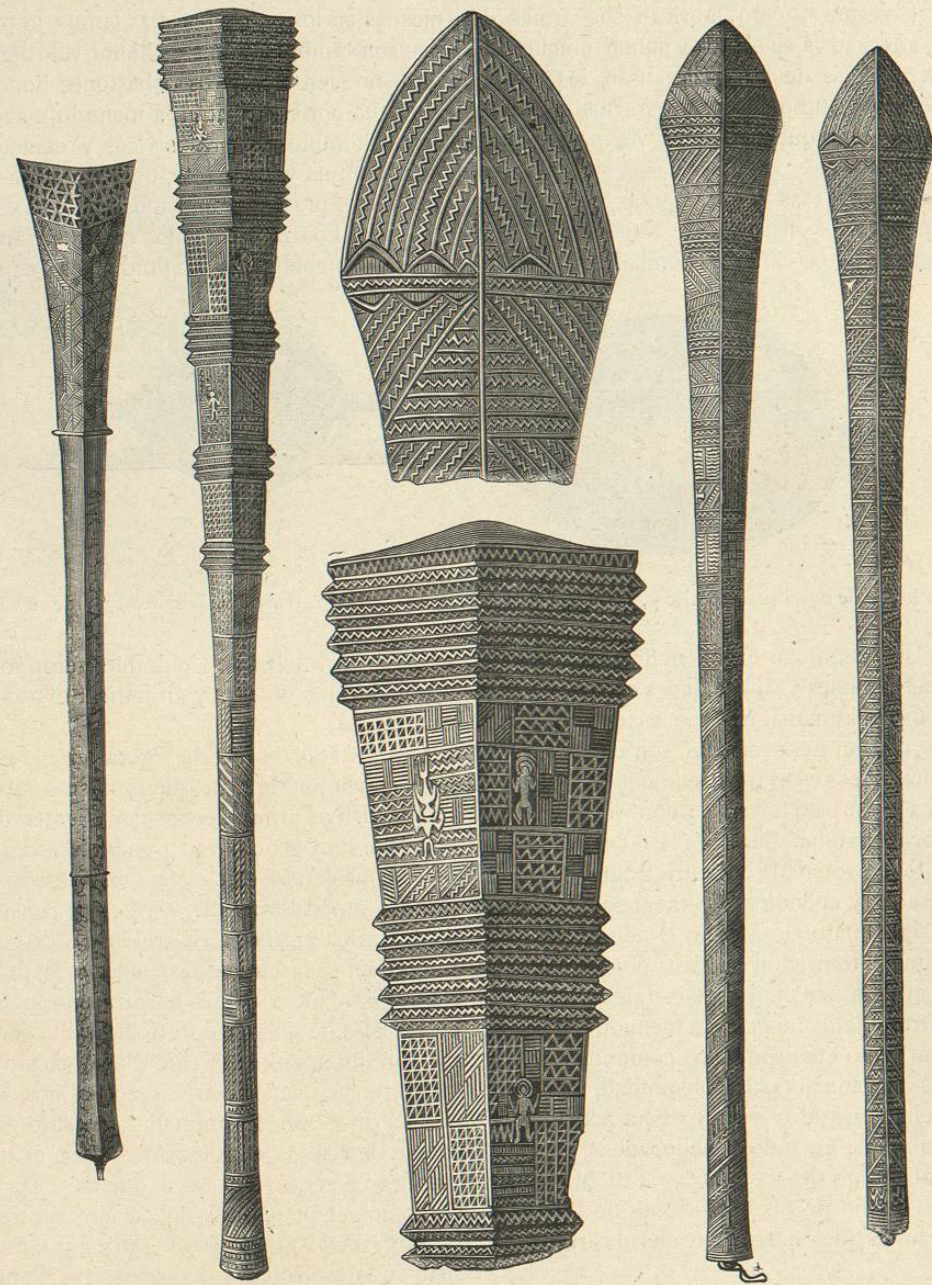


piel mucronulada de un diodón ó erizo de mar completa esta armadura original.

Los micronesios carecen de arco y de flechas, no así todos los polinesios, pues estas armas se usaban indudablemente en Tahití cuando, en 1760 y 1770, Cook, Banks, Bougainville y otros visitaron las islas de la Sociedad. No se comprende cómo este hecho haya podido ser negado por autores posteriores, cuando Cook lo indica de una manera concreta al consignar en su diario de á bordo, por ejemplo,

que en 12 de junio de 1769 fueron castigados algunos marineros por haber robado á los indígenas arcos y flechas. El mismo Cook, al hablar de los artículos de cambio de los indígenas de Komango, cita como á tales al lado de las lanzas y de las mazas los arcos. Existen, además, algunos otros testimonios fehacientes de tiempos posteriores: «Conocen — dice G. Hamilton que en 1791 visitó Tahití en el buque *Pandora* — el arco y la flecha, pero sólo los usan para divertirse.» Precisamente lo particular de la difusión de estas



Mazas tonganesas (Colección de Cook, Museo Etnográfico, Viena). Véase pag. 462

armas de los polinesios está en que no sólo han dejado de ser armas de guerra para servir exclusivamente en la caza y en las diversiones, sino en que no son usadas por toda la población estando más bien reservadas en cierto modo á las clases ó castas elevadas. Así en las islas de la Sociedad como en las Marquesas, lo propio en Tonga que en Samoa, el arco y la flecha no servían para otro objeto y A. Lesson que preguntó á los indígenas de los dos primeros grupos de islas acerca de este particular, obtuvo por toda contestación que así había sido siempre en lo que alcanzaba su memoria. El arco de las islas de los Amigos que sólo se usa en ellas para disparar contra las ratas, es, sin embargo, una arma sober-

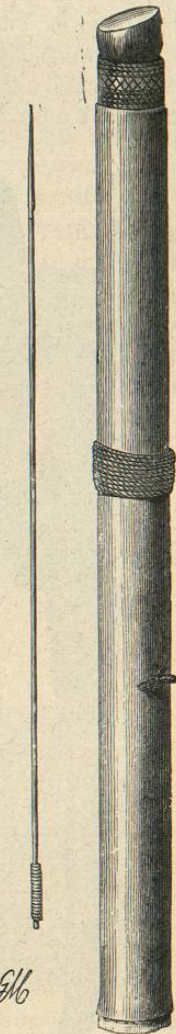
bia: tiene la altura de un hombre, está hecho con madera dura perfectamente pulimentada y va provisto de un tendón muy tirante. En cambio, su compañero inseparable, el carcaj, ha desaparecido por completo (véase el grabado de la página 465) y el número de flechas ha quedado reducido á una: para ésta no se utiliza carcaj, sino que va colocada en una ranura practicada en el dorso del arco y no se dispara más que desde muy corta distancia á causa de la pequeñez del animal que sirve de blanco. Labillardière sostiene que los tonganeses, que antiguamente sólo se servían del arco para la caza, aprendieron más tarde á servirse de esta arma para la guerra.

En la misma Nueva Zelandia, el idioma por lo menos indica que en la antigüedad era conocida esta arma, por más que en tiempo de Cook ya no se usara. En el idioma maorí se da el nombre de *Ko pere* al arco y de *pere* á la flecha, denominaciones distintas de las verdaderamente polinesias, pues en Tonga, arco es *fana* y flecha *ngahau* (semejante á la palabra fidschiana *ngassau* que significa lo mismo) y en Tahití arco es también *fana* y flecha *tea, au, ú ohe*.

En las islas micronesias faltan por completo el arco y la flecha ó por lo menos no se ha descubierto en ellas huella alguna de tales armas: lo propio sucede en las islas Gilbert, en las Paumotus, en la de Pascua y en el grupo hawayo. Esto no obstante, no es exacto lo que se ha dicho de que en la estrategia polinesia apenas entran las armas para la lucha á distancia por haberse olvidado poco á poco la caza en estas islas tan pobres en animales; y decimos que no es exacto porque junto á la lanza y al dardo encontramos entre los micronesios la honda como el arma más generalmente usada. En las islas Mortlock y Carolinas son conocidas las hondas hechas con cordones trenzados, enteramente iguales á las melanesias, usándose además para las luchas á distancia unas pequeñas mazas arrojadizas. Ya Cook, en su primera visita á las Marquesas, pretende haber observado que los indígenas, al parecer pacíficos y desprovistos de armas, tenían delante de sí apiladas en el suelo varias piedras y llevaban atadas en la cabeza unas hondas. Y en efecto la cuerda hecha con fibras de coco llamada *ma*, y las piedras arrojadizas lisas ó angulosas del tamaño de un huevo, denominadas *uritis*, pueden ser consideradas como armas temibles. Los honderos diestros eran muy celebrados y estimados y en el ejército tahitiano constituían un cuerpo de tropas especial que, en los momentos propicios se colocaba delante del ejército y á los gritos de ¡huir ó sucumbir! acometía al enemigo.

Así como en las islas Gilbert á las espadas y á las lanzas provistas de dientes de tiburón corresponden la impenetrable armadura de fibras de coco y el yelmo de piel de diodón, así también en otros puntos de la Polinesia, junto á la variedad de armas ofensivas, encontramos atendidos los medios defensivos por armaduras y otras cosas análogas, que dado el carácter ceremonioso que entre ellos tienen las guerras, sirven asimismo á menudo para dar á los guerreros un aspecto más altanero ó más temible. Por desgracia no conocemos exactamente las armaduras de los tahitianos acerca de las cuales nos dice Ellis que están hechas de madera ó formadas por una malla de cordones delgados, al paso que Wilkes nos habla en cierta ocasión de corazas fabricadas con palos de madera. Lo único que sabemos es que la armadura de madera llamada *ruuruu* cubre el pecho y la espalda dejando libres los brazos, mientras que la coraza de cordones denominada *tiputa* es mucho más ligera. Encima de estas armaduras se ponen esos indígenas arremangos de tela y encima de éstos el traje de gala, pues hacen la guerra con sus mejores ropas, untadas con aceite aromático y adornadas con flores. Pero de todas estas prendas la que más importancia tiene es el gorro que entre los hawayanos se nos presenta como yelmo de la más elegante forma griega y adornado con plumas, y entre las tribus de las islas australianas adopta las más extravagantes formas. Los más sencillos consisten en un casquete redondo hecho con varias capas de tela y coronados por una pluma; otros semejan un tricorino puesto transversalmente cuyas puntas llegan hasta los hombros; otros, que se llevan en Rurutúa, consisten en una especie de sombrero con el armazón de cañas y tienen como remate una especie de

corona de cabellos humanos colocada por medio de un tejido fino de tal manera que al andar flotan hacia atrás. Coger á uno que lleve uno de estos gorros que se ven desde lejos es considerado como acto heroico y la muerte de uno de ellos suele á menudo poner fin al combate. De aquí que sólo los héroes se adornaran con estos gorros. Otra prenda de uniforme de los tahitianos consistía en un collar de plumas y conchas que se ponía á manera de peto (véase el grabado de la pag. 462). Y Forster da á estos collares el nombre de armaduras, pero según parece, pertenecían más bien á la clase de adornos guerreros, como el yelmo antes descrito. Más propiamente podía calificárseles de armaduras en Tongatabu, en donde consistían, según pudo ver el propio autor, en «un gran pectoral plano hecho con un hueso redondo, probablemente de una especie de ballena,» «de unas 18 pulgadas de diámetro tan blanco como el marfil y elegantemente pulimentado.» Este pectoral de los tahitianos era, en cambio, para los insulares de las Marquesas indudablemente un adorno y como á tal lo cita J. Forster: entre éstos, consiste en unos pedazos de madera ligera y parecida al corcho, pegados unos muy junto á otros con resina á una especie de semi-anillo y provistos también de judías de abrus. Las conchas de marisco en forma de dientes reemplazan á este pectoral entre la gente pobre: quizás la forma más sencilla de este adorno es la concha plana, algunas veces cortada en forma de diente, que muchos polinesios llevan colgada sobre el pecho (véase el grabado de la derecha de la página 462).



Carcaj y flecha de las islas de la Sociedad *Christy Collection*, Londres. $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño. Véase pag. 464.

CAPITULO IV

AGRICULTURA, GANADERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CHOZAS É INDUSTRIA DE LOS POLINESIOS Y MICRONESIOS.

«Si se tienen en cuenta los instrumentos de que se sirven, no podrá menos de admirarse en sus trabajos un notable espíritu de inventiva.»

JAMES WILSON

Agricultura. Plantas cultivadas. Prosperidad de la agricultura. Variante de la misma en Nueva Zelandia. Falta de la misma en algunos territorios. — Ganadería. Cerdo y perro. Cría de peces. Ausencia de la vida pastoril. — Pesca y caza. Confección de anzuelos. Distintos sistemas de pesca. Caza de pájaros y de ratones. — Alimentación. Preparación del taro y del fruto del árbol del pan. Carencia de pucheros. Sistema de guisar en la tierra calentada. Usos en materia de manjares. *Ava* ó *kava*. — Construcción de casas. Plano fundamental y variantes. Cabañas aisladas y casas comunes. Construcciones de piedra. Edificación. Santificación. Aldeas. — Manufacturas. Escultura de maderas. Alfarería. Fabricación de tapa. Tejido. Entrelazado. Preparación de los polvos de raíz amarilla (*Xanthorrhiza*). Fabricación de moneda. Distintas clases de moneda.

La agricultura alcanzó y conserva en Polinesia un alto grado de desarrollo. En la mayor parte de los lugares, el ejemplo que nos ofrece no es el de un cultivo motivado

por la necesidad, pues casi en todas las islas no era preciso arrancar al suelo sus frutos á fuerza de cuidados, sino que nos produce la impresión de haber sido allí importada desde otros territorios más poblados y en los cuales el cultivo era necesario. Puede, sin embargo, trazarse una división entre distintas comarcas según el grado diverso de intensidad del cultivo de la tierra, figurando en el punto más elevado de la misma aquellas



Una pipa para tabaco, de Nueva Zelandia. (Christy Collection, Londres). Véase página 470.

islas, como Tonga, en las cuales el suelo y el clima, sin ser demasiado propicios, no son tampoco avaros, recompensando el trabajo, pero no favoreciendo la pereza. Más inferior desde el punto de vista del cultivo es el lugar que ocupan las islas de la Sociedad ó las de Samoa pródigamente favorecidas por la naturaleza, en las cuales los hombres son por lo mismo más indolentes. Pero las más atrasadas son la pobre isla de Pascua y las pequeñas islas Paumotu, de reducida superficie y mísero suelo, y sin embargo no faltan en la primera la pisanga, la caña de azúcar, las batatas, el ignamo, el taro y la morera. Estos territorios poco favorecidos por la naturaleza constituyen la excepción; los primeros son la regla general, encontrándose en ellos terrenos cercados, cultivo en bancales con la tierra amontonada artificialmente en vertientes abruptas, sistemas de riegos especialmente para el cultivo del taro (véase pág. 443), del cual se cultivan dos clases, una grande y otra pequeña más fina, árboles de espesa sombra, flores de adorno y jardines con sus correspondientes cuadros, pruebas todas del alto grado conseguido en el cultivo del suelo. En la misma isla de Pascua encontró J. Forster alrededor de cada planta de pisanga un hoyo para el riego de $\frac{1}{2}$ de metro de profundidad y en Tonga se paseó por una cuádruple avenida de cocoteros que tenía 2,000 pasos de longitud y vió las viviendas cercadas de odoríferos arbustos. En los pobres campos de la isla de Pascua, veíase la hierba escardada y esparcida sobre la tierra como abono ó para resguardar á las tiernas plantaciones de taro de los rayos solares; y en las islas de la Sociedad las plantaciones de morales para la preparación de la tapa aparecen sachadas, abonadas con trozos de conchas y de corales y provistas de canalizos de desagüe. Los helechos que crecen en las vertientes de las montañas son quemados y con sus cenizas se abonan las tierras. En armonía con esta intensidad, el cultivo se halla extendido de manera que las plantaciones casi se tocan. Pritchard celebra como una de las ventajas especiales que ofrecen las Samoas el hecho de que á cada media hora se encuentra un soto de cocoteros ó de árboles de pan, de suerte que nunca falta algo con que refrigerarse. Los primeros que visitaron la isla de Tongata-

bu dijeron de ella que era un gran jardín: ya se comprenderá, pues, que sus descripciones excitaban poderosamente la curiosidad de sus contemporáneos por ver estas afortunadas islas.

En Micronesia, donde prevalece la pesca, sólo las islas extensas, como por ejemplo las Palaos, se dedican á la agricultura en grande escala para proporcionarse el principal medio de alimentación que también en estos territorios es el taro. Los hombres cultivan el betel, el tabaco y la curcuma y las mujeres, así las de los más pobres como las de los más ilustres incluso las de los reyes, consideran como cuestión de honor tener en floreciente estado sus plantaciones de taro. Los hombres sólo preparan el terreno de la plantación en los lugares bajos y limosos, regándolo artificialmente y plantando en él las estacas que han de prosperar: las mujeres han de quitar de la tierra todas las malas hierbas y en su día arrancar las plantas. La raíz de taro proporciona no sólo el alimento cotidiano, sino que demuestra su valor constituyendo el plato principal de todo banquete. Los neo-zelandeses cultivan además del taro, cuyo cuidado es entre ellos también de exclusiva incumbencia de las mujeres, la batata como producto en su origen exótico é importado del Norte, cuyo cultivo se inaugura con ceremonias religiosas, y la calabaza botella: de las plantas indígenas cultivan los helechos y el lino neo zelandés.

Al frente de la cría de animales figura en Polinesia el cerdo que, donde quiera que se le encuentra, ocupa un puesto privilegiado: este animal está sumamente mimado y las mujeres que han perdido á sus hijos suelen en algunos puntos, como en Tahití, amamantar á los lechoncillos: mujeres ancianas, especialmente destinadas á esa faena, los llevan á pastar y, á modo de capones, los ceban con una pasta hecha con el fruto del árbol del pan. El cerdo es el animal que se mata en las fiestas y cuyo uso está reservado á los ilustres, siendo raros los casos en que la plebe come esa clase de carne. «Este animal — dice J. Forster — es indudablemente una de las verdaderas riquezas de Tahití, mas á pesar de esto no hay que considerarle como artículo principal de la alimentación, pues bien mirado podría extirparse toda la especie sin que la nación perdiera nada en ello, dado que sola y exclusivamente pertenece á los magnates del país.» Cook pudo adquirir en Tahití cualquier animal, pero no un cerdo, por más que éstos abundaran en la isla. los indígenas por toda satisfacción á las preguntas que sobre este particular les dirigía, contestaban que esos animales pertenecían al rey. Al lado de cerdo, la única res doméstica mayor que había en las grandes islas polinesias era el perro, que se criaba en Nueva Zelandia, en Samoa y en las islas de la Sociedad. Allí donde este animal no existía, como en Tongatabu en tiempo de Cook, probablemente sería á consecuencia de haberse extinguido la especie, ya que J. Forster dice, hablando de los habitantes de estas islas, que conocían el nombre de *guri* con que se designaba al perro en Nueva Zelandia (*uri* en Tahití). La gallina estaba muy extendida en tiempo de Cook: en Tonga se encontraban bandadas en estado salvaje, y en la isla de Pascua constituía el único ejemplar de animal doméstico, siendo allí de pequeño tamaño y de mezquino plumaje. De las aves indígenas ninguna ha podido ser domesticada. Ciertamente que en esa misma isla se encuentra la golondrina de mar (*Sterna*) tan amansada que se posa sobre los hombros de las personas; cierto también que en Tongatabu vió J. Forster á algunos indígenas paseándose con unos palos en los cuales se aguantaban palomos ó papagayos, pero estos hechos no tienen importancia alguna para la economía doméstica. Una rama especial de la

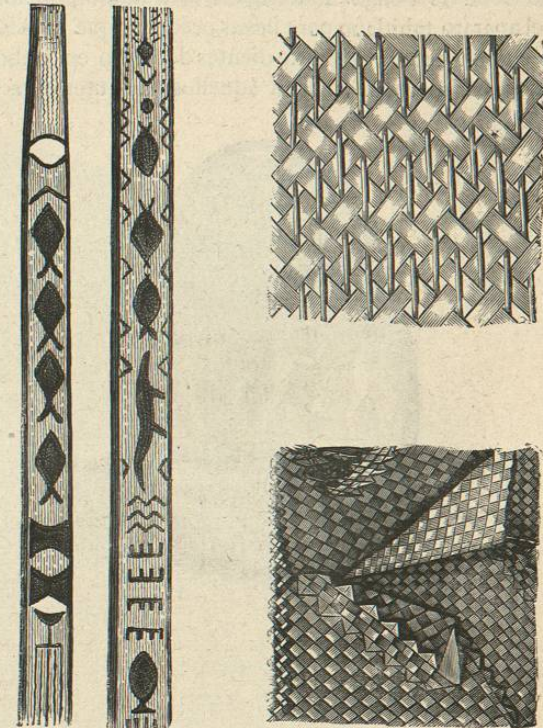
cría de animales nacida naturalmente de la pesca ejercida con gran celo y en grande escala, es la de los viveros de peces artificiales que florece especialmente en Hawai. En Kauai, Wilkes encontró de propiedad de una caudilla viveros artificiales con diversos elementos salinos, en los cuales se ponían algunos peces marinos para cebarlos: también eran destinados á la cría de peces los pantanos de taro de Honolulu, como se hace en la China con los de arroz. Lo que cuenta Pritchard de la cría artificial de tiburones jóvenes, en las vadeables lagunas de la isla Hervey, de seguro que no lo observó por sus propios ojos.

A esta rama del linaje humano no sólo fueron ajenas todas las influencias que consigo trae la vida pastoril, sino que tampoco pudo dejar sentir su acción el temple que con la caza de grandes y temibles animales terrestres se adquiere, pues si bien los neo-zelandeses cazan la moa, este es un animal muy débil comparado con el hombre. En la Polinesia tampoco encontramos muy en boga la caza de animales pequeños. Ciertamente que en Hilo se cogen los patos por medio de palos flotantes provistos de cebos y cargados con piedras, de los cuales quedan colgadas aquellas aves; cierto también que Forster vió en Tahití coger algunos pequeños pájaros por el mismo procedimiento; pero fuera de estos casos la caza carece de toda importancia. ¿Quién sabe si la imposibilidad de satisfacer con los venados el ansia de matar, la crueldad, el mismo orgullo y el afán de realizar hazañas, si las eternas guerras y la crueldad del hombre contra el hombre, pudieron haber contribuido del mismo modo que la falta de carne de grandes animales al canibalismo? En efecto, lo único que en la actividad de estos pueblos recuerda la caza mayor es la pesca, pues la misma caza del *kaka* y del *kiwikiwi*, animales á los cuales mata á palos después de haberlos atraído con hogueras encendidas durante la noche é imitando sus voces, es simplemente un juego de niños. A ello ha contribuido también en gran parte la falta de buenas armas.

La pesca, en cambio, es ejercida con afición y cuidado extraordinarios, empleándose para ella los instrumentos más perfectos de cuantos poseen los polinesios: bastará decir que los neo-zelandeses fabrican redes de 1000 varas de largo que necesitan millares de manos para ser convenientemente manejadas. Además, con huesos de pájaro, conchas y maderas duras se confeccionan anzuelos de distintos tamaños (véase el grabado de la pág. 33) provistos de cebos artificiales preparados con plumas ó con brillantes conchas (véase el grabado de la pág. 463). De estos anzuelos, los más grandes sirven para pescar tiburones que ocupan un lugar principal entre los alimentos animales de todos los polinesios. Al número de historias difíciles de creer que vienen á ser las fanfarronadas de pesca de los polinesios, pertenecen las narraciones que hablan de pescadores atrevidos que aprovechando el sueño del tiburón le atan una cuerda á la cola para con ella arrastrarlo á tierra ó que, si la cuerda se desliza entre sus manos, saltan por entre aquellos animales y regresan á su bote llevando entre los dientes la cuerda á cuyo extremo queda atada la presa. En la pesca del delfín, en la que se muestran especialmente hábiles los hawaianos, se lanzan con sus pequeños botes de pesca al mar cuando hay tempestad, pereciendo en estas expediciones más de un marinero que quiere perseguir demasiado á la bandada, cuya marcha descubren los pájaros que vuelan por el aire.

También entre los micronesios la pesca constituye una de las usuales ocupaciones: uno ó dos individuos de una familia van casi cada dos días al mar para dedicarse á ella.

La pesca en pequeña escala se hace por medio de lanzas ó de anzuelos, siendo indudablemente los indígenas de las Palaos en extremo hábiles en el manejo de las primeras. Recoger mariscos es tarea propia de los niños. Asunto de gran importancia constituye la caza de los grandes animales marinos, especialmente la de las rayas, no exenta de peligros, para ir á la cual se suelen juntar diez ó más embarcaciones. Pero lo más notable es que el botín no pertenece á toda la sociedad de caza sino al afortunado que fué el primero en ver la pieza y en llamar á sus compañeros por medio de señales particulares, no pudiendo nadie dejar de acudir á tal llamamiento, ni aun el más ilustre, por más que



Vigas labradas de los techos de las casas comunes (bais) de las islas Palaos. (Colección Godeffroy, Museo para Etnografía; Leipzig.) Véase pag. 471.

Esteras de Tongatabu (Colección de Cook, Museo Etnográfico, Viena). Véase también el grabado de la pág. 451. Véase pag. 474.

el que dé la señal sea de humilde prosapia. La pesca con grandes redes se hace juntándose los habitantes de varios pueblos por orden de los caudillos. En esta tarea influye tanto más la organización política cuanto que los peces que aparecen en ciertas épocas del año son destinados á determinados lugares que tienen fama de diestros en su pesca. Como para coger las tortugas se necesitan redes muy grandes, su pesca ha de hacerse por muchos que trabajan por cuenta de un rico. Esta ocupación, como casi todas, iba antiguamente acompañada de ceremonias religiosas; así por ejemplo los maoríes devolvían el primer pescado al mar y la mitad de la pesca se entregaba á los dioses y sacerdotes.

Si los constructores de canoas eran tenidos por hombres sagrados, los fabricantes de cuerdas, de cordones para anzuelos y de anzuelos no eran menos considerados como personalidades importantes y la importancia que á tales cosas se daba se manifestaba en la finura y pulcritud de trabajo que las distinguía. Era tal el número de objetos de esta clase que esos indígenas poseían, que en los primeros tiempos constituían uno de los más comunes artículos de cambio con géneros europeos. Los anzuelos más fuertes se componían de tres piezas: el cuerpo de los mismos era un trozo de hueso del *Physeter macrocephalus* semicircular y en forma de dedo, cuyo lado trasero, de superficie plana, estaba cu-